

Voz de aliento

Syracuse, N. Y., Julio 12 de 1924.

Sr. don Eduardo Uribe.

San José, Costa Rica.

Mi querido amigo Uribe,

A PENAS hoy he tenido la oportunidad de leer el libro⁽¹⁾ que con tan halagüeña dedicatoria se sirvió enviarme y ya colegirá usted que no quería darle las gracias sin haberle leído. Ruégole, pues, aceptar la expresión de mi agradecimiento así por el autógrafo como por el libro mismo.

No habrá de ser para usted un motivo de extrañeza, conociéndome como me conoce usted, que las poesías que más me complacen son *La Fuente encantada*, *Somos copas vacías* y *Cetrería divina*. La felicidad de las imágenes de *La fuente encantada*, la gracia del pensamiento poético con que le puso fin, toda en ella revela las posibilidades de su joven talento artístico. Me complace mirar en usted, por lo que a la facilidad del verso se refiere, un continuador de la tradición colombiana, desde Arboleda a Isafas Gamboa. Usted siente la poesía y tiene tanta facilidad para la expresión rítmica que ella suele perjudicarle allí donde se requiere una concentración artística para realizar la obra bella. Tal es el caso de *El Silvano eunuco*—cuya concepción me parece poética y muy propia para las escenas que usted ha imaginado. La ejecución, sin embargo, me parece precipitada y el *Final* no me satisface del todo; pienso que desdice del conjunto.

La bohemia es encantadora, cuando se vive a manera de los héroes de Murger; pero yo no le encuentro hechizo cuando se desciende a los asilos donde se incubaba el crimen, donde no hay más que la expresión brutal de cuanto hay de brutal en los hombres. Ni pueden con estos elementos crearse paraísos, sino infiernos artificiales, las pesadillas horribles que no son la vida, como usted ha sentido muchas veces, a juzgar por sus poesías.

Su amor a la noche, a la soledad del retiro, con ansias de ensueño, de reflexión, de trabajo intelectual le pone a usted en la familia de generosos espíritus que en todas las edades buscaron el apartamiento para saciar su anhelo de contemplación y de pensar. Por eso mismo me duele que en su vida de recogimiento no haya tenido otras expansiones que las del cabaret y que no haya encontrado en su camino seres humanos que no hayan sido de la hez de la especie. «Mi locura hace de los guijarros flores vivas» dice usted en *Los caminos*. Esa es la bella locura de los idealistas y los poetas. A don Quijote cambiábasele en princesas las mozas del partido, las ventas en castillos y en caballeros los venteros. Esa es la bella locura de nuestra raza.

Pero excúseme usted. Era mi propósito agradecer la gentileza de sus buenos recuerdos y reiterarle la expresión de mis esperanzas de que haya para usted un nuevo día menos tempestuoso que le permita encontrar senderos poblados de plantas menos ponzoñosas. Su joven talento poético creará muchos otros poemas de ideal remonte que nos hagan olvidar las sombras mucilaginosas de la vida.

Con mis mejores deseos suyo amigo y servidor,

R. BRENES MESÉN

FANTASIA XII

Una fuerza suprema, portentosa,
impele las acciones de mi vida;
y otra fuerza divina, misteriosa,
exalta el alma mía dolorida.

Y entre estas dos potencias soberanas
que son la clave de mi ser profundo,
comparto mi existencia: las profanas
y místicas locuras en que me hundo.

En esta dualidad del cuerpo mío,
—alma y materia que designan tantos—,
he cifrado el ingente poderío
de misterio y dolor que hay en mis cantos.

El misterio de todo lo soñado
y el dolor integral de lo vivido;
la carne que en placeres he gastado
y el alma que en pensar he redimido.

Muchas veces la bestia turbulenta
de la lujuria, con brutal impulso,
ha dejado mi vida macilenta
tras el espasmo de un placer insulso;
mas instantes después, desnudo, bello,
como un lirio nacido entre vil cieno,
me ofrenda el pensamiento su destello
de redención, lumínico, sereno...

Y así son en mi vida los minutos:
una lucha constante, bienhechora,
entre los tristes arrebatos brutos
del cuerpo y el espíritu; traidora
tentación y divino sufrimiento;
rodar hasta el abismo de los vicios
y ascender, ascender en pensamiento,
inmune a los estragos y prejuicios.

Así quien a juzgarme se atreviere
sólo por mis acciones terrenales
en su intento mezquino consiguiera
un cúmulo de culpas tan bestiales,

que supérfluo sería su reproche,
y en vano en el pavor se escudaría,
porque en el mal ha sido mi derroche
obra de una potente maestría ..

Mas también he vaciado las divinas
ánforas del ensueño, luminosas,
en fervientes estrofas cristalinas,
ofrendando a las almas dolorosas

ese inefable néctar del consuelo,
y esta labor suprema me redime:
dar paz al corazón: ¡qué noble anhelo!
¡paz en el corazón el verso imprime!

El poeta es no más la mariposa
por el ensueño ha tiempo libertada:
¿a qué buscar en él esa ominosa
huella de su materia degradada...?

Depure cada ser, a como pueda,
la entidad inmortal de su existencia;
que al agotarse, efímera, la greda,
dará, muriente flor, alguna esencia...

¿Nuestras vidas no son, aunque complejas,
larvas de mariposas impolutas?
¡Hombre! Si con la muerte solo dejas
el capullo carnal, por estas rutas

restringidas del Mundo... ¡Qué pequeño
es para el Pensamiento el Universo;
tan ínfimo cual es para el ensueño
la prisión infinita de tu verso...!

EDUARDO URIBE

(1) *La Voz Obsesionante*, San José de C. R., 1923.

Agosto 17 de 1924.